

# Leopoldo Gutiérrez Abascal: cumbres y simas de una fe oscura

*Dr. Javier González de Durana*

Director de la Sala de exposiciones Rekalde

La crisis de fin de siglo afectó a la sociedad en su conjunto y, por tanto, a cada uno de sus integrantes. Parecería como si, al margen de los artistas y escritores agrupados en la Generación del 98, los demás miembros de la sociedad española se limitaran a sufrir la crisis, más que a sentirla y a tratar de interpretarla, por el hecho de que no dejaran testimonio escrito de sus pensamientos, cuando lo que ocurre es que, sin más, es muy difícil saber hoy qué pensaba exactamente de la situación un oscuro pero inteligente oficinista. Leopoldo Gutiérrez Abascal fue un excepcional sujeto de esta clase.

Mende-amaierako krisialdiak gizarte osoan izan zuen eragina eta, beraz, gizabakoetan ere bai. Bazirudien "98ko Belaunaldian" bildutako artistak eta idazleak izan ezik, Espainiako gizartearen gainontzeko norbanakoek krisia nozitzea aski zutela sentitu eta interpretatu barik, izan ere, ez zuten euren pentsamoldearen idatzizko lekukotasunik laga. Halan da ze, zail egiten zaigu gaur egun jakitea zer pentsatzen zuen zehatz-mehatz orduko egoeraz bulegari ezezagun baino adimentsu batek. Leopoldo Gutierrez Abascal klase honetako aparteko adibidea dugu.

The crisis of the end of the century affected society as a whole and therefore each of its members. It would seem that, apart from the artists and writers grouped in the Generation of 98, the other members of Spanish society limited themselves to suffering the crisis, rather than attempting to interpret it, as they did not leave written testimony of their thoughts. In fact it is very difficult to know today what exactly an obscure but intelligent office worker thought about the situation. Leopoldo Gutiérrez Abascal was an exceptional subject of this class.

En la tónica idea que habitualmente se tiene del Bilbao que atravesó las décadas del último cambio de siglo no faltan el empresario enriquecido desde la nada a fuerza de “hacerse a sí mismo”, el constructor de imperios navales coronado con títulos aristocráticos, el financiero febril, el comerciante ambicioso o el propietario de minas con capataces brutales. En esa idea estereotipada de Bilbao tampoco está ausente, aunque fluctúe de modo un tanto subterráneo, la sensación de encontrar a los personajes envueltos por un ambiente de hipocresía social, engreída auto-suficiencia, falsa espiritualidad y fanatismo ideológico.

Cuando buscamos en el pasado los “buenos viejos tiempos”, a veces, tendemos a creer que aquellas décadas en torno a 1900 fueron en verdad prodigiosas, momentos de esplendor debidos a que los impulsos, las capacidades y los deseos colectivos autóctonos coincidieron con las posibilidades económicas de esta tierra y las necesidades históricas de las naciones europeas, lo que se tradujo en algo tan obvio, aunque no tan repartido, como la riqueza y en algo tan difuso, aunque no menos cierto, como la conciencia de estar haciendo “lo que se debía”, en concordancia con los países de mayor progreso.

Quizás la situación fuera así de prodigiosa, enriquecedora y acertada para algunos, pero la mayoría, queriendo entender la aparente sinrazón de su época, estaba confundida y deprimida o, renunciando a la comprensión, se dejaba arrastrar y aturdir: *“vivimos engañando y engañándonos -escribía Leopoldo Gutiérrez Abascal en marzo de 1896- y lo peor es que pocos serán los que quieran curarse de esta enfermedad. Se teme salir perdiendo al mostrarse tal como se es”*. La dignidad y la estima personal no eran buenas protecciones contra ciertas heridas porque, decía Leopoldo Gutiérrez Abascal, *“siempre que he sido sincero y he pensado u obrado como soy o al menos como pienso que soy, o se han burlado de mí o me han pisoteado lo más íntimo de mi ser, lo que más amo, así que cada día que pasa tengo menos valor para hacerlo”*.

Leopoldo Gutiérrez Abascal vivió las dos situaciones: la de la activa confusión, fruto de su intento por comprender, y la del pasivo aturdimiento, resultado de su renuncia a la comprensión. Hasta 1895 aproximadamente, *“en la época de mi mayor extravío”*, frecuentó los lupanares de Bilbao, la mayoría de las más de sesenta casas de citas que existían en el casco de la Villa y en las que se ofrecían a la clientela niñas de 12 a 16 años. Una clientela que él en persona vió compuesta por gentes de orden, *“las que más bullen, comerciantes, contratistas, apoderados de casas importantes, etc., en su mayoría casados y predicadores de la moral al uso”*. Pero en esta etapa Leopoldo Gutiérrez Abascal no logró adormecer su vida, sino problematizársela: *“buyendo del tormento de los recuerdos quise, como tantos otros, ahogarlos en los placeres groseros, pero no lo conseguía. He sido un vicioso triste”*.

En una época de agresivo individualismo, cantera de héroes para las historias de las élites -capitanes de empresas, políticos mesiánicos, pioneros de las modernidades y demás-, Leopoldo Gutiérrez Abascal deseó el olvido, quiso no ser recordado y quedar engullido por el torbellino de aguas revueltas que la historia formó en torno a 1900, pero sin que ello implicara renuncia a la comprensión de su tiempo y sus hombres.

No queriendo protagonizar la historia, sin embargo, la entendió mejor que quienes aparentemente la conducían. Su método de conocimiento de la realidad fue el espiritualismo religioso y la interpretación artística. Sin paradojas, distanciándose de aquellos elementos de su época que requerían una atención más absorbente e inmediata, y que la definían -lo material, lo positivo-, hizo el esfuerzo de comprender qué estaba pasando en realidad a su alrededor. Su intento, equivalente al que realizaron otros muchos individuos anónimos, como él, quedó plásticamente expresado en la pintura de 1893 del pintor noruego Edward Munch. Ese grito interior, ese gesto de contener la propia cabeza entre los remolinos y desequilibrios circundantes, es el grito y gesto de sujetos como Leopoldo Gutiérrez Abascal.

Entregado a la lectura y al arte, no se dió, en cambio, a la escritura pública, sino a la conversación privada. Sus amigos, su hermano, sus contertulios de café fueron los receptores privilegiados de la fuerza de sus ideas: *“este hombre, todo un hombre -dijo Miguel de Unamuno<sup>1</sup>- que ha pasado por la vida silenciosamente al parecer, sin meter ruido, privada, privadísima, ha influido en su generación, en Bilbao, y en la que le sucede, más, mucho más, que otros que a diario dan que hablar... Pintó, pero guardó siempre celosamente sus pinturas, con un pudor de la más alta estirpe; escribió (conservo más de una poesía de su mano y de su corazón), pero jamás se arrojó a dar al público sus escritos... Pero a él se debe mucho de lo mejor que pintaron otros, mucho de lo mejor que otros hemos escrito. Sobre más de una página de mis escritos, de acaso de los mejores, flota su espíritu”*.

Enrique Areilza dijo de él que era *“el San Juan Evangelista de Unamuno, su discípulo amado. Es, como él, místico, libre pensador; protestante, católico, enemigo del progreso; reza y no va a misa. Excelente amigo, aficionado e inteligente en asuntos de arte; especialista en pintura”*.

El reconocimiento de su talla humana e intelectual fue suscrito, asimismo, por Ramón Carande, joven escritor que en la segunda década del siglo XX era asistente habitual de las tertulias que se celebraban en el café del *Gato Negro*, en Madrid, donde conoció personajes que, convertidos en libro de memorias al final de su vida, le permitieron describir un sorprendente retablo de extraños personajes<sup>1</sup>, reservando varias páginas (251-258) a este Leopoldo Gutiérrez Abascal de quien dice que *“poquísimos contemporáneos nuestros*

<sup>1</sup> *Galería de raros*, Alianza Editorial, Madrid, 1982.

conocen su existencia, callada y entrañable. Hasta tal punto se ha perdido su memoria que algún lector podrá creer que atribuyo carne y hueso a un ser ficticio o fabuloso, a una criatura imaginada por Unamuno”. Este último señala que Leopoldo Gutiérrez Abascal fue el núcleo, el eje central, de las tertulias intelectuales más importantes del Bilbao finisecular, primero “en el fondo del gran salón de El Sitio”, después en la del Café García y más tarde en la del Lion D’Or, “*todos nos confesábamos con él*”, precisó Miguel de Unamuno.

Aparte de las breves referencias de Areilza y Carande, el único testimonio sobre su persona lo transmitió Miguel de Unamuno en un sentido texto necrológico<sup>2</sup>. Sin embargo, en los epistolarios de los escritores y artistas que convivieron con él su nombre aparece repetidas veces. Hace diez años se publicó la correspondencia completa que cruzaron él y Miguel de Unamuno<sup>3</sup>, unas cartas que van desde 1896 hasta 1913, que permiten conocerle en primera persona y no ya por los recuerdos de otros individuos. Hace años Germán Yanke, al frente de la revista *Arbola*, dedicó un número de aquella publicación a bilbainos raros y olvidados<sup>4</sup> en el que también se recuperaba la memoria de este hombre que, se preguntaba Miguel de Unamuno, “¿temor, pudor, altanería, modestia? ¡quién sabe...!”, nunca quiso llamar la atención de nadie.

Es una tentación demasiado fácil asegurar que Leopoldo Gutiérrez Abascal fue un ilustre desconocido merecedor de ser recordado sólo por la calidad de algunas de sus amistades. Hacer depender este rescate del olvido -que seguramente él no desearía- de la existencia de los Unamuno, Areilza, Ortega y Gasset, Araquistain, Iturrino, Basterra, Salaverría y demás, sería valorarle a través de los méritos de otros, muchos de los cuales podrían, sin embargo, ser suyos originariamente. De modo que, una vez dejada constancia del aprecio de sus contemporáneos, veamos algunas de sus ideas.

Leopoldo Gutiérrez Abascal encontraba que la sociedad de su época se definía por medio de la hipocresía y de la insolidaridad, situándose, por ello, en posiciones políticas comprensivas con las izquierdas, pero detestando de ellas su dogmatismo. Las causas de esa negra situación social, en su opinión, echaban raíces en la educación: “*Somos impenetrables -decía-, pero lo somos cuando empezamos a vivir, nos enseñan a ver en el semejante un enemigo con el que tenemos que luchar, y el instinto hace que nos pongamos en guardia, armados con el disimulo y la mentira, y, a fuerza de practicarlas, concluimos*

<sup>2</sup> “Leopoldo Gutiérrez Abascal. Recuerdos íntimos”, en *HERMES*, nº XXVIII, Bilbao, 1918; *Obras Completas*, Editorial Escelicer, vol. VIII, pp. 558-560. Las frases de Miguel de Unamuno que se citan entrecomilladas en el texto proceden de esta necrológica.

<sup>3</sup> *Cartas íntimas. Epistolario entre Miguel de Unamuno y los hermanos Gutiérrez Abascal*, Eguzki Argitaldaria, Bilbao, 1986. Las frases de Leopoldo Gutiérrez Abascal que aparecen entrecomilladas en el texto proceden de sus cartas publicadas en este epistolario.

<sup>4</sup> *Arbola*, nº 6, Ed. Diputación Foral de Bizkaia, Bilbao, Febrero de 1987, pp. 10-12. El presente texto es una ampliación reelaborada de aquella aportación.

*por temer la verdad, cuando no por aborrecerla, pero eso sí, protestando siempre de amarla y servirla”.*

Su progresismo político era, con todo, pura contradicción, pesimismo y auto-inmolación. Apreciaba la labor de la revista socialista *La Lucha de Clases* (fue el único amigo no socialista que tuvo Miguel de Unamuno en Bilbao al que le parecía bien que escribiera en dicho semanario) y devoraba la libertaria *Ciencia Social*, pero le afligía la brutalidad de los políticos republicanos y socialistas por no haber tenido “*el suficiente olfato espiritual para entender lo que ellos llaman cambio, sin verlo*” y esperaba que, cuando menos, el socialismo sirviera para “*suprimir los inútiles intermediarios: corredores, concesionistas, agentes, etc. ¡qué plaga para la sociedad y qué desgracia serlo*”. Siendo su profesión, precisamente, la de agente de seguros y representante de una fábrica de pasta de papel, se vió obligado a ejercer de aquello que más detestaba, a trabajar, como tantos otros, en lo que le alienaba. Su espíritu fatalista buscaba salidas y aperturas, pero no lograba encontrarlas en los hombres, de quienes en general desconfiaba por la radical perversidad que les atribuía.

Quizás debido a ello llegó a encontrar desahogo en la idea de la muerte, el eterno “*problema único*” sobre el que constantemente hablaba con Miguel de Unamuno y que selló su “*espiritual hermandad para siempre*”: “*La muerte no es un mal -decía Leopoldo Gutiérrez Abascal-. Yo, que he pensado en ella mucho más de lo que se imagina la gente..., la he perdido el miedo, lo que no es lo mismo que perderla el respeto, no. Hoy quiero vivir mi vida a su luz. La amo y la respeto, y la llamo, como San Francisco, hermana y libertadora*”.

Hermana le llamaba a la muerte que decía amar y, de hecho, el desencadenante de su crisis espiritual fue la muerte de su hermana (algo mayor que él y recluida en un convento), a la que este soltero, vicioso y triste comprador de sexo, quería con intensidad. Hermana, muerte, religión, sexo, amor y respeto se mezclaban entre sí configurando un problema de netos perfiles freudianos.

Esa idea de la muerte le condujo, de seguido, al cristianismo, que había sido abandonado tiempo atrás, un regreso a la fé en la inmortalidad, una vuelta a la religiosidad olvidada (no al jesuitismo o al fariseísmo de las formas rituales y exteriores, decía) y, en consecuencia, un retorno a la ambición de conquistar su alma y salvarla, pero de salvarla salvando a los demás, entregándose a la empresa de ayudar y hacer algo por la humanidad.

La euforia que le produjo el descubrimiento de la muerte como hecho positivo, el fervor solidario que le embriagó, el misticismo que exaló en su teoría de la función social de la muerte, la arrasadora y apasionada reconsideración que hizo de la religión... quedó en nada, preso por los prejuicios de los que no se podía liberar: “*tengo un miedo horrible de que se burlen de mis sufrimientos, por eso los guardo muy dentro de mí, sin dejarlos salir al exterior*”, e incapaz de hacer frente a la máquina pesada de la Iglesia oficial: “*el no poder*

*tragar el Catolicismo, ¿qué quiere usted?, es demasiado fuerte y gordo para no atragantarse. El ideal Cristiano es muy hermoso y su moral incomparable, pero las religiones positivas que de él se derivan y quieren imponernos, se parecen tan poco a él, que no puede ser menos”.*

Aunque tampoco se puede asegurar con firmeza que aquella euforia mística se quedara en nada, pues, por una parte, a él le llevó a un estado de balsámica resignación que compaginaba con un talante crítico hacia los hombres y las cosas, mientras que, de otra parte, la coincidencia en el tiempo de su crisis religiosa (marzo de 1895) con la vivida inmediatamente después por Miguel de Unamuno (marzo de 1897), hizo que, al entregarse ambos amigos a las confidencias espirituales, se estimularan mutuamente. Ciertamente Miguel de Unamuno religioso no hubiera tenido lugar tal y como lo conocemos sin Leopoldo Gutiérrez Abascal, como tampoco hubiese tenido lugar la explosión de misticismo que revolvió las mesas de los cafés de Bilbao. Cierta vez Leopoldo Gutiérrez Abascal reveló a Miguel de Unamuno “*toda la congoja de su espíritu presa de desesperación trascendente*” y, buscando confesor en Miguel de Unamuno, terminó por confesarle a él. ¡Quién lo hubiera imaginado! A la mañana en el escritorio de la empresa comandita por acciones y a la tarde, en la terraza del café, discusión sobre el *Progreso del alma en la vida espiritual* del eclesiástico británico Frederick W. Faber.

Esta crisis religiosa afectó a Leopoldo Gutiérrez Abascal, poco más o menos, entre 1895 y 1898, en coincidencia con la crisis política y social que agitaba España y con la agonía del humanismo renacentista en el mundo occidental. No deja de sorprender que en Leopoldo Gutiérrez Abascal su exaltación de la sexualidad y su exaltación religiosa casi coincidieran en el tiempo (de hecho, una fue seguida inmediatamente por la otra). Defraudado por la primera, pasó a la segunda y, aprisionado en ésta, derivó su entrega hacia el arte. Esa conjunción de sexualidad-religiosidad-arte se daba también por las mismas fechas en la sociedad vienesa, la que quizás mejor reflejó la crisis del humanismo tradicional, plasmada de manera profunda y simbólica en la pintura de Gustav Klimt.

Las lecturas preferidas de Leopoldo Gutiérrez Abascal durante este tiempo estuvieron a medio camino entre la ciencia y la historia, la filosofía y la biografía ejemplar. Por sus manos pasaron *La vida de San Francisco de Asís*, de Paul Sabatier, su gran texto favorito; las *Conferencias espirituales*, *Bethlehem* y el ya citado *Progreso del alma en la vida espiritual*, de Frederick W. Faber; *La vida futura y la ciencia moderna*, de Gustav A. Hirn; *La lucha de las razas*, de Gumpłowicz; *Las luchas entre las sociedades humanas y sus lugares sucesivos*, de Novicow; las *Experiencias religiosas*, de William de James; *Bosquejo de una filosofía de la religión según la psicología y la historia*, del teólogo protestante francés Auguste Sabatier; los *Estudios filosóficos sobre el cristianismo*, de August Nicolai, etc, etc. Además, siempre regresaba al Evangelio y a la *Imitación de Cristo* atribuida a Kempis. Más tarde, como

consecuencia de su paso por París, leyó textos de Svedenborg, Martines de Pasqually, Amiel...

Pero, ¿qué podía hacer un individuo atormentado que se movía entre la agencia de seguros y la fábrica de papel, entre su problematizado mundo interior y la sociedad positivista que le rodeaba? El final de una poesía suya de enero de 1907 dice:

*En el sollado alumbra luz incierta  
truculentas escenas de locura.  
¡Cuántos hombres allí por Ordenanza  
enterrados con vida en muerte oscura  
sin opio de esperanza!*

*¿Con qué ritmo expresar, verbo de llanto,  
la confusión y súplica sombría  
de aquellos hombres lívidos de espanto,  
cuando la nave en trance de agonía  
tumbose con fragor de cataclismo  
en las hambrientas fauces del abismo?<sup>5</sup>*

Qué hacer sino desahogarse en tertulias de café cuando vencía la timidez y deseos de anonimato, qué sino desbordarse en cartas escritas a compañeros del alma, qué sino sumergirse en el mundo de imágenes que la inconsciente sensibilidad del hombre moderno estaba creando.

En materia artística Leopoldo Gutiérrez Abascal se manifestó repetidamente en contra de la teoría y práctica del “arte por el arte”, en boga por aquel tiempo, y repudió tanto a los esteticistas que desdeñaban las ciencias sociales y encontraban la belleza “*en el gesto; sólo es bello lo distinguido, lo perfumado, lo caro*” (D’Annunzio y sus seguidores, que en España eran Verdes Montenegro, Manuel Bueno y Terán), como a los que ponían la conciencia social por delante de la creación artística (William Morris y, en particular, Leon Tolstoi, quien a través de su libro *¿Qué es el arte?* influyó negativamente en el arte por medio de quienes decían seguir sus teorías sin seguir su modo de vida). En suma, Leopoldo Gutiérrez Abascal detestó a todos los que “*concluyen por embarazar la marcha de los que penosamente, vacilando, tanteando, buscan, buscan...*”, le decía a un amigo pintor.

Pero, esa búsqueda del arte por el artista no era por sí misma materia de aprecio estético ni garantía de un resultado artístico. Para él, “*lo esencial es*

---

<sup>5</sup> Son los últimos versos de un poema titulado *In Memoriam. 10 de Marzo de 1895*; alude a su hermana, por la fecha del fallecimiento, aunque el poema casi por entero sea un diálogo con la Muerte en el que recuerda “*el gozo antiguo*”. Fue escrito para librarse de “*una obsesión*”, sin conseguirlo. Reconociendo falta de “*agallas para cantar lo que me movía a hacerlo*”, los versos “*al fin han quedado sin concluir*”.

*producir y producir bien; la obra, la obra y la obra, lo demás se os dará tarde o temprano*”, le aseguraba a Francisco Iturrino cuándo éste era un perfecto desconocido.

En cuanto al artista y su creación, opinaba así: *“Yo creo que el artista debe estar atento no tanto a producir mucho como a producir lo mejor que pueda, hasta tal punto que no debe dar por terminada una obra hasta que realmente haya puesto en ella toda la perfección de que es capaz. Hoy, en todas las artes, pero en la pintura principalmente, sucede lo contrario. La fiebre de París ha obligado o, mejor, llevado a los artista al bocetismo. Así es que se produce enormemente, y no queda casi nada. Y es natural que suceda así; nacidos antes de tiempo, la mayor parte son abortos y los restantes sietemesinos”*.

Durante muchos años Leopoldo Gutiérrez Abascal fue una de las pocas personas que defendió el trabajo de los artistas que veían rechazadas sus obras por parte del público y de significativos segmentos de las élites dirigentes del país. Guiard, Regoyos, Echevarría, Iturrino y otros encontraron en él alivio, comprensión y a un sujeto capaz de teorizar con palabras sobre lo que artísticamente realizaban. Miguel de Unamuno dejó dicho que llegó a influir en la práctica de más de un pintor con sus opiniones<sup>6</sup>. No se sabe. En esto, como en los demás asuntos, la más efectiva acción de Leopoldo Gutiérrez Abascal consistió en la siembra de ideas. En la esfera del arte logró su fruto más brillante por medio de su hermano pequeño, Ricardo, quien hacia 1908 empezó a escribir y publicar crítica con el pseudónimo de *“Juan de la Encina”*, configurando en España el conjunto de opiniones mejor documentadas, sentidas y razonadas de los dos primeras décadas del siglo XX.

Sus opiniones artísticas influyeron también muy directamente en Miguel de Unamuno, quien desde posiciones socialistas había mostrado fortísimos rechazos hacia los que él calificaba de *“aristócratas del arte”* y que eran, precisamente, aquellos a los que Leopoldo Gutiérrez Abascal defendía por sus constantes búsquedas y tanteos. Miguel de Unamuno confundía la búsqueda artística (moderna y vacilante) con el elitismo intelectual (auto-suficiente y predecible). Leopoldo Gutiérrez Abascal le hizo darse cuenta de su error. La actitud de Miguel de Unamuno tenía su base anclada en la deuda contraída con William Morris y en su afinidad con Tolstoi. Leopoldo Gutiérrez Abascal, menos utópico que Miguel de Unamuno, no tenía nostalgias de supuestas arcadias medievales, ni creía demasiado en la ética laboral del artesanado, ni esperaba que a partir de tales supuestos pudiera surgir un arte nuevo, ni tampoco, como es natural, entendía que el arte fuera un instrumento al servicio de la política. Para él, la tarea del arte era expresar sentimientos y transmitir

---

<sup>6</sup> Recuérdese lo que Miguel de Unamuno dijo acerca de lo mejor de lo pintado y escrito por otros, así como que *“sus ojos han estado sobre mi corazón cuando he escrito no pocas líneas congojosas sobre el sentimiento trágico de la vida y el problema único”*.



ideas, siendo, por tanto, un método de conocimiento de la realidad y no un mero reflejo de ella. También aseguraba que el arte resultaría ser moderno *“porque, habiendo evolucionado al mismo tiempo y a causa de la ciencia y de la filosofía, ha abandonado las antiguas fuentes de inspiración y se ha entregado a la naturaleza como nunca lo había hecho. Y si se caracteriza por los esfuerzos que hace por el procedimiento (lo que se os echa demasiado en cara) es precisamente porque, buscando la manera de expresar nuevas sensaciones e ideas nuevas, lucha y luchará todavía bastante tiempo con la materia de la que aspira hacer surgir el espíritu”*.

Leopoldo Gutiérrez Abascal fue un pionero de las excursiones deportivo-culturales a Castilla, en busca de las alturas de los montes y de las altas llanuras. Acompañó a los pintores en sus primeros descubrimientos de los paisajes y las gentes que después protagonizarían cierta pintura paralela al regeneracionismo de los escritores de 1898. Algún amigo excursionista quedó atrapado por los toros y trajes populares de Salamanca y algún otro quedó a la sombra del ciprés y las piedras románicas de Silos.

En fin, ¿quién fue Leopoldo Gutiérrez Abascal? Pues, como dice Carande, un hombre de *“grandes ojos de mirada triste, dulce sonrisa, color cetrino, barba rizada muy espesa, corta talla y tipo moreno, siempre vestido de negro”* que caminaba solitario entre su apartada casa en Deusto y el rutinario trabajo en la oficina bilbaina, que deambulaba entre el sexo comprado, la fe inestable, el arte revelador y la muerte cierta; un sujeto que, como otros muchos contemporáneos suyos, oficinistas, grises y anónimos, vivió intensas y oscuras luchas interiores por encontrar un sentido a la vida en un mundo frenético, unos ideales trascendentes en una sociedad banal. Parece como si, para contrapesar los conflictos surgidos en las simas de su alma atormentada, buscara la altura de los montes vascos y castellanos: *“no respiró a sus anchas más que en las cumbres -dice Miguel de Unamuno-; en las cumbres de roca, de materia, y en las cumbres de sentimiento y de pensamiento, de espíritu”*.

Un Fernando Pessoa ágrafo, un Hugo von Hofmannsthal desprotegido, un personaje soñado por Munch, un hermano de Klimt, un paciente para Freud, un individuo atemorizado consciente de las causas socio-históricas de su miedo íntimo. En suma, un hombre que, contemplando el desmoronamiento del mundo tradicional en el crisol de la industrialización y la política liberal, mientras se esforzaba por otear el futuro y poner orden en su alma, se decía en unos versos:

*Sin saber a qué  
me echaron al mundo.  
Sin saber por qué  
debo tomar rumbo.*